

Ya se han colocado los carteles y repartido los programas de las famosas ferias *generales* y fiestas que se han de celebrar en esta ciudad en los últimos días de Julio.

El cartel empieza con una figura muy elocuente y acaba con una figura retórica muy pintoresca, que para estas solemnes ocasiones es la oportunidad del ingenio. Aquí no hacemos lo que el célebre cosechero de Jerez, que guardaba el mejor vino de su bodega para su uso particular.

La figura, pintoresca de suyo, es una robusta ama de cría, presentada en el cartel con todo el lujo que requiere su traje, y está como indicando que las hijas de este país casadas, ó menos solteras de lo que dicen, crían á los niños y niñas de todas clases con comodidad y aseo, pues no es de suponer que esa pasiega quiera decir que las fiestas en Santander están aún en mantillas en punto á novedades, aunque se advierta desde luego que el texto del cartel es por el estilo del de otras ferias, ó mejor dicho, que el estilo del cartel es idéntico al de otros años. El programa de las funciones es tan conocido, que aseguráramos es el mismo de siempre, á no observar que en el de ahora no se habla de los balnearios, de las duchas, del tranvía á vapor al Sardinero, del tranvía urbano á borriquito, de las diligencias á Laredo y Potes, de las tiendas de comestibles, de los chaparrudos, julias y panchos, y de otras cosas notables de la ciudad y su bahía, que otras veces se acostumbraba á encomiar en el anuncio de la feria.

En cuanto á vaguedad, nada deja que desear el programa de los festejos; pero las obras poéticas han de ser subjetivas, y poético es el texto del cartel, hasta la pared de enfrente ó de la esquina. Lo único concreto es la parte pirotécnica, que á primera vista parece la menos fija. Ello es que en el cartel se callan los nombres de los toreros, y se dicen los de los directores de los fuegos artificiales, añadiéndose que son muy *renombrados*.

¡Ya lo creo; como que son los de otros años!

Más renombrados, citados, ni mencionados, difícilmente se encontrarán otros pirotécnicos. Ni más aplaudidos, tampoco.

La síntesis del programa de festejos es que habrá:

Fantásticas iluminaciones. Iluminaciones generales. Brillantes iluminaciones. Elegantes arcos de hierro, iluminados al gas con bombas de color.

Magníficas veladas marítimas. Suntuosas veladas de concierto. Alumbradas veladas en pintorescas playas.

Toros de exposición. Exposición de toros. Toros de feria. Feria de toros. Banda militar de ingenieros. Banda de música de ingenieros. Música de la banda del segundo regimiento de ingenieros militares.

Que es como si dijéramos iluminaciones, veladas y cuernos, veladas, cuernos é iluminaciones; cuernos, iluminaciones y veladas por activa y por pasiva, por abajo y por arriba, por uno y otro lado, amenizado todo con música y bengalas.

Compendiando más la cosa, resulta un conjunto espléndidamente luminoso.

Las iluminaciones lo son por su propia naturaleza, los fuegos por sus chispas, las veladas por lo que tienen de *vela* y los cuernos por que pueden hacer ver á alguno las estrellas; pero si no se admite este último concepto por lo subido que es, léase el programa de los festejos, y se verá que allí se dice:

«Que la empresa de las corridas de toros ha adoptado las medidas necesarias para que el espectáculo tenga todo el *lucimiento*, y aún más si cabe, que en años anteriores.»

El programa de las fiestas es, en resumen, un gran derroche de adjetivos y de luces. Por eso, el último de los festejos es la repartición de premios á los niños aplicados, que es otro excelente medio de propagar aquellas.

Antes de este acto habrá la consabida procesión oficial, y no dudamos ni un momento que chicos, medianos y grandes que asistan á ella llevarán vela. De lo contrario, será una prueba de que no se han adoptado las medidas necesarias para que este espectáculo escolar tenga el mayor *lucimiento* posible.

A pesar de tanta claridad hay quien sospecha que el primer renglón del cartel no es histórico. Esto es una discreta manera de decir que no es cierto lo de la Exposición de Ganados; pero acudiendo otra vez al programa de los festejos se vé que en él se anuncia la apertura y clausura de la Exposición de ganados, amenizadas, por supuesto, con música, y ciertamente nada se opone á que se abra y se cierre el local de la Exposición de ganados, cuantas veces se quiera con las debidas solemnidades y con sus correspondientes tocatas.

No obstante, pudiera suceder que no hubiera Exposición de ganados. Entonces *brillar*á por su ausencia el concurso ganadero y será una verdadera novedad que no se celebre la Exposición.

—El cartel de las ferias por todas partes que

se mire es deslumbrador. La bomba final va en los renglones siguientes:

VELADAS EN EL SARDINERO con brillantes iluminaciones en las anchurosas naves de tan pintorescas playas.

Peregrinas deben ser unas iluminaciones que no sean brillantes, aunque confesamos ingenuamente que nos gustan los brillantes sin iluminaciones; pero lo que nadie sospechaba, ni por asomo, era que había anchurosas naves en las pintorescas playas del Sardinero. Sin embargo, habiendo allá una bóveda de los cielos, no es extraordinario que haya anchurosas naves bajo esa colosal cúpula.

Así puede construirse idealmente el soberbio templo del gran arquitecto de la naturaleza, y esto supuesto, divertidos van á estar los individuos encargados de colgar las luces en el techo de las anchurosas naves del Sardinero.

Ese final es más que deslumbrador; es la fantástica decoración del último cuadro de una comedia de magia; es la maravillosa descripción de un cuento de las «Mil y una noches»; es una brillante fantasía en *re bemol* sobre motivos del Sardinero; es, en una palabra, la seductora promesa de un programa en todos los cuales se procura ocultar con halagos los prosaicos bostezos del fastidio.

Piadosa intención, que disculpa hasta un programa detallado de fuegos artificiales.

NEAPOLIS.

LITERATURA APARTE.

PILATILLO, POR EL P. LUIS COLOMA Y LA COMPAÑIA DE JESÚS, ILUSTRADO POR DON PACIANO ROSS. BILBAO, 1886.

Ni aún en su parte material, tipográfica, desmerece en nada este libro de los que diariamente se revistan y ensalzan en la sección bibliográfica de los periódicos.

En la parte artística no literaria, ó sea en los dibujos con que el Sr. Ross ilustra la edición, tampoco queda esta por bajo de las que ahora hacen justamente célebres á varias casas editoriales de Barcelona.

Respecto al mérito literario de la obra, jen cuánto excede al de muchas que hoy andan en manos de los dados á leer, traídas á ellas unas veces por merecida recomendación de la crítica y otras por el injusto elogio de la adulación!

Y, no obstante, *Pilatillo* pasará á la librería de unos pocos, solo y en silencio, sin voces ni aplausos que anuncien su llegada.

No es desconocido el nombre del P. Coloma de todos los literatos. Muchos de los que á la claridad de ingenio reúnen la rectitud de espíritu citanle con elogio en sus particulares conversaciones.

¿Pero porqué ha de parecer que da vergüenza alabar en letras de molde el libro de un jesuita?...

Pilatillo es, en mi concepto, la obra de un novelista á quien no falta condición alguna para figurar entre los primeros, ni siquiera de las que pasan hoy como únicas é indispensables para serlo, de ese poder de observar bién la realidad y copiarla fidelísimamente, pero á quien, ocupado en incesante y muy distinta labor, falta tiempo para dar larga muestra de sus aptitudes literarias, obligándole á terminar en cuento lo que empezaba en novela.

Solo en 76 páginas está desarrollada la acción de *Pilatillo*, cuento en lo corto, no en lo ligero ó en lo inverosímil del asunto.

Es la sencillísima historia de un niño, que al dejar físicamente de serlo, por poco pierde también lo que el autor llama la *santa infancia del corazón*.

Trasladado, por necesidades de su educación, del colegio en que recibió la primera, á la Universidad y su libre vida, en breve, por miedo al que dirán, porque no se rían de él un antiguo camarada suyo, maledo y holgazán, y otros tipos de su ralea, comete *Pilatillo* su primer encanallamiento, su primera y necia calaverada, de la cual á la mañana siguiente le dan tiempo y ocasión de arrepentirse las monótonas horas y alto silencio de una sala de hospital, á la que las consecuencias de su necedad le han llevado.

Una noche de sueño y un día de remordimientos y santos recuerdos de la niñez bastan á curarle de sus dos leves dolencias, física y moral.

Ya en el colegio se lo había dicho á *Pilatillo*, y confirmádole con este nombre, el P. Velasco:—*Eres bueno y docil, pero tu bondad es soberbia, y tu docilidad, débil*.—Y al separarse de su lado, le regaló una fotografía del «*Pilato entregando á Jesucristo*,» del Ticioano, en la que debajo de la odiosa figura del proconsul el Padre había escrito: ¡*Eccc Homo!*...

Más tarde, cuando *Pilatillo*, después de haber llorado en la celda del P. Velasco el llanto del arrepentimiento, se despide de su antiguo maestro, este le entrega otra estampa que representa á San Pedro llorando su perjuicio en el átrio de la casa de Caifás. Por debajo de la figura de Pedro había escrito el donante: *Flevit amare*...

Y entre estas dos frases famosas gira toda la breve acción de la novelitá.

El lenguaje que hablan sus páginas es un castellano hermoso, suelto y adecuado, y de noble y elegante sencillez.

El estilo, una maravilla de gracia y de frescura.

Respira el libro una unción infantil y alegre, como las de las fiestas de la Virgen, en sus misterios gozosos, no cuando atravesado su cándido seno por la espada del mayor dolor que cabe en alma de mujer, llora enlutada y sola al pie del madero santo. Es la unción y el fresco ambiente y el aroma de flores nuevas que se respira en la iglesia al amanecer de un día de Mayo durante la fiesta de las Flores.

Es esa impresión de cándida alegría á ninguna otra comparable. El altar brilla como un áscua de oro; las rosas, colocadas en pródigos ramos entre las luces, perfuman el aire que pasa rozando las frentes de los fieles, no abatidas é inclinadas á tierra como en los días en que la Iglesia llora sus grandes dolores, sino altas y serenas, levantadas hácia el altar para ver bién á la Virgen. En el coro suenan las alabanzas de María, traídas por las únicas voces dignas de cantarlas, voces infantiles, en las que aún no ha vibrado, desentonándolas, el grito de la pasión y del deseo.

Hechos al trascendentalismo de las lecturas de hoy y á este exclusivo y bárbaro comercio con la realidad, la sencillez y mansa bondad de esta hermosa lección del P. Coloma está muy expuesta á parecer simplicidad y pobreza de espíritu ó falta de ingenio para buscar en el estudio de lo real modos de producir el arte.

Vuelva á leer, quien caiga en este error, la descripción del *enzierto* y la de la lidia del *toro del aguardiente*, maravilloso cuadro, pintado con los colores de la verdad, ó deténgase en el retrato de Desperdicios, el *fantástico* ehulo, despegado de las tablas de la barrera, de donde nunca ha osado salir, para venir á las hojas del libro y ocupar su puesto de honor en la desvenecijada mesa del *Café de Emperadores*, donde le hemos conocido.

Pero nada de lo que pueda pensarse sobre sus facultades artísticas parece preocupar al autor de *Pilatillo*, y esta es otra de las cosas que más enamoran en su lectura. El autor va derechamente á su asunto, galanamente expuesto en la dedicatoria á los alumnos del Colegio de Orduña, que son sus discípulos. Al verlos jugar diariamente á las horas de asueto, parecíale «que por detrás de esas montañas que limitan á Vizcaya, veía adelantarse, como una avanzada de los vicios, la sombra del *Respeto humano*...; veía que á ninguno podía pillar por esas blusas tan largas, recuerdo del niño; veía que atrapaba á muchos por esos bigotes tan cortos, preludio del hombre... Y para que les sirviera de solaz y provecho, ocurriósele escribirles una página de la historia de su discípulo Gabriel, que es como verdaderamente se llama *Pilatillo*.

Sucede una cosa á los mayores que Gabriel. Que como somos ya tan del *respeto humano* y tan cogidos nos tiene en las redes de sus muchos extravíos, no nos acordamos ya de que él fué la principal y primera causa de nuestras faltas, y encontramos acaso algo exagerada la participación que en ellas se da á ese que dirán. Pero recuerde cada uno su primer año de vida universitaria, la primera noche pasada fuera de la casa de

huéspedes, la tarde que á esa noche antecedió, y porqué y cómo y á que no fué por impulso propio el quebrantar aquel día la loable costumbre de recogerse á su cuarto y á sus libros, y se verá de qué verdadera utilidad ha de ser á los *bachilleres* la historia de *Pilatillo*, en la que aprenderán además, los que sientan aficiones literarias, á manejar la buena lengua castellana, y su decorosa gracia y sencillas elegancias.

E. MENÉNDEZ.

PARÍS POR DENTRO.

CERERIS VITIS.

Una de las industrias que no se resienten de las crisis comerciales por duras que, como la que estamos atravesando, estas sean, es la industria cervecera.

Las estadísticas de producción anuncian cada año un aumento en la de la cerveza, y en estos meses caniculares los vasos llenos de este dorado y pastoso líquido aparecen y desaparecen como por encanto sobre las mesas de los cafés que, alineados delante de ellos y sobre la acera—como aquí se acostumbra—se asemejan á blancos batallones de enanos, y se vacían en las secas gargantas de los sedientos parisenses con rapidez extraordinaria.

El uso de la cerveza no es moderno. Los egipcios gustaban mucho de ella, y la ciudad de Pelusa producía anualmente enormes cantidades de ese líquido. Los fenicios y los griegos la bebían también. Los latinos la dieron el nombre de *cerevisia* del que se deriva el que hoy tiene en castellano; y el nombre de *bière* que tiene en francés, y *birra*, en italiano, se derivan, según Vossio, del verbolatina *bibere*, beber. Strabon, á principios de nuestra era, habla del uso casi exclusivo que los pueblos del Norte hacían de esta bebida y entona alabanzas sobre su exquisita y superior calidad.

En Francia las cervecerías son antiquísimas, y en 1268 dió Luis IX una ley especial prohibiendo, entre otras cosas, el transporte de la cerveza en domingo y fiesta solemne, lo que nos prueba la importancia tan grande que había ya adquirido en aquella época la fabricación de la cerveza.

**

El protomedicato no está conteste sobre si las propiedades de la cerveza pueden considerarse como perjudiciales ó como salutíferas para la población. Los antiguos, el mismo Galeno y Dioscórides anatematizaron la cerveza, fundándose en que un líquido que es producto de fermentación y corrupción no pueda producir saludables efectos. Los modernos galenos no opinan de igual modo, y algunos de ellos, muy ilustres y reputados, prescriben hoy el uso de la cerveza en ciertos casos y para ciertas enfermedades, y aún las hacen entrar, añadiéndole infusiones medicamentosas, en la nueva terapéutica.

El *birambrot* ó sopa de cerveza se usaba mucho el siglo pasado y tiene todavía aficionados en ciertas comarcas del norte de Francia. Para hacerla—y por si alguna de mis amabilísimas lectoras tiene capricho de probarla—no hay más que echar, sobre pan cortado en rebanadas, cerveza casi hirviendo y sazónarla con azúcar y un poco de nuez moscada.

España tiene también, como Vds. saben, su manera *sui generis* de emplear la cerveza mezclándola con limón helado en forma de *ponche*... ¡*chico y chica!*

**

Los parisenses, que hasta la exageración se precian de patriotas, lo son poco en materia comercial.

Quien no consentiría en dar la mano á un alemán compra sin escrúpulo los productos de ultra-Rhin y la bebida nacional alemana va convirtiéndose en Francia en bebida nacional.

Desde hace cinco ó seis años la cerveza de Munich y de Estrasburgo invade el mercado de París. Cafés, cervecerías, fondas, tabernas, *bars*, teatros venden los productos alemanes y cubren sus paredes de inmensos cartales germanos multicolores y pomposos, y no solamente nadie protesta sino que to-

dos empujan alegremente el codo absorbiendo y saboreando el líquido caro, pesado é indigesto que ha reemplazado hoy con *villipendio*, digan lo que quieran sus adeptos, al rico zumo de la uva.

Hay en París veinte mil establecimientos de bebidas de todo género, que venden por término medio 100 vasos de cerveza cada uno, es decir, dos millones de vasos diarios que á 30 céntimos de peseta cada uno representan una suma de 600 mil pesetas, que va al extranjero casi toda, pues la industria cervecera en Francia es casi nula.

Los derechos de aduana sobre la cerveza produjeron en 1881—estadística que tengo á la vista—25 millones y medio de francos, y hay que tener en cuenta que desde aquella época la importación ha ido aumentando progresiva y considerablemente.

Para que puedan Vds. formarse una ligera idea del consumo que hace París de cerveza de Munich y de Estrasburgo, les diré que la Compañía de ferro-carriles del Este de Francia se ha visto precisada á organizar un servicio especial para el transporte de ese líquido. Comenzó la referida Compañía por organizar un tren por semana; pero el consumo de la cerveza alemana se ha desarrollado en proporciones tales que hoy llega á la Estación del Este un tren diario con 2.000 *hectólitros*. Esta cerveza se vende á razón de 30 céntimos el vaso, al detalle—50 céntimos en los grandes cafés del boulevard—y como cada litro contiene cinco vasos cuesta una peseta y media, es decir, mucho más caro que el litro de buen vino ordinario.

El gusto, el tan cacareado buen gusto de los parisenses no queda bién sentado en esta circunstancia, y se explica fácilmente, pues, dejando á parte la cuestión de patriotismo, entre la pastosa cerveza alemana, que embota los sentidos, y el exquisito vino francés que cuando no se abusa de él y en forma de *sangría* sobre todo, calma la sed, reconforta el estómago y aviva el ingenio hay una inmensa diferencia.

Harto tiene que hacer Ceres como panadera, sin meterse á tabernera. Deje la rubia y benéfica diosa á Baco el cuidado de escanciar el licor que, con el insigne Baltasar de Alcázar,

...suelo
«Llamar yo néctar divino,
«Y á quien otros llaman vino
«Porque nos vino del cielo.

PIO SILBÉN.

Paris 9 de Julio de 1886.

TRES EPITAFIOS.

Todos los sepulcros tienen imanes, VICTOR HUGO.

¡Y es verdad!... ante un sepulcro parece que alguien, apoyando sus manos en nuestros hombros, nos compele y nos fuerza á hincar la rodilla.

La humedad de la tierra ó la frialdad del mármol de una tumba se nos meten carne adentro.

Si yo me atreviera á *hacer una frase*, diría que esto es una simpatía ó sea, una corriente magnética que se establece de hueso á hueso, y de la cual son buenos conductores el mármol y la tierra.

Aunque en puesto humilde, yo venero más una cruz clavada en la escondida fosa de una aldea, que en la torre más alta de la más soberbia catedral.

Allá, destacándose en lo azul del horizonte, se me antoja que la veo siempre.

Acá, en el fango, la contemplo, y la toco, y creo que mis ojos y mi tacto se engañan.

De igual suerte que al salir de la oscuridad nos deslumbra la luz vivísima del Sol, y hasta nos hiere la vista; y después que esta se va acostumbrando á la claridad, apreciamos mejor sus ventajas, y nos acordamos con cierta melancolía de los ciegos, así también nunca más profunda impresión puede causarnos aquel símbolo de la vida eterna, que cuando extiende sus brazos divinos sobre la fría realidad de la muerte.

Estas consideraciones me las inspira más que el dicho del poeta, los dicharachos con que ciertos... ¿escritores? bueno; con que ciertos escritores profanan la memoria de un ilustre caudillo.

Victor Hugo no pensó, no pudo pensar jamás, que esos imanes de las tumbas atraían también—como era lógico—corazones de acero.

Que también entre nosotros hay buitres que acuden al olor de carne muerta.

Pero, quédense allá á solas, no con su conciencia, porque no la tienen, sino con mi desprecio y el de todos los hombres honrados, esos mequetrefes que para demostrar mejor su ceguera política, hacen de topos hasta en los cementerios.

No vayan Vdes. á figurarse, sin embargo, que ahora vamos á seguir por senda de ci-

presas, en busca de algún blanco mausoleo, iluminado tíbiamente por la pálida luna, en el cual aparezcan un nombre, una fecha y una corona de siemprevivas.

Lejos de mí semejante idea, que desde cierta ocasión en que me puse flacucho y ojoso por un ¡MARTA! que vi grabado, así, entre dos admiraciones, que las tomé—asi Dios me salve—por dos lágrimas de tinta, y después supe que la tal chica, no había muerto de amor, como yo pensaba, sino de una indigestión de caracoles—por aquello de que «muera Marta y muera harta»,—no es el hijo de su madre ¡caracoles! el que se mete en tales honduras.

Y para que vean Vdes. lo que significan muchas veces esos letreros poéticos, les diré que existe todavía en un cementerio de Burdeos—y el que quiera convencerse no tiene más que emprender el viaje—la lápida de un nicho, en cuya parte superior se lee:

ARMANDO!
TE ESPERO.
1758.

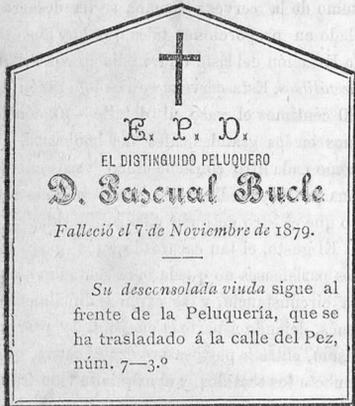
Y debajo:

MARGARITA!
AQUÍ ESTOY.
1820.

¡Conque fiense Vdes. de epitafios...

En cambio hay otros en que resplandece una ingenuidad y una franqueza seductoras.

Conozco la viuda de un peluquero que ha puesto uno en la siguiente forma:



¿Eh? ¿Si estaré yo curado de espanto con respecto á esos amores de ultratumba.

Si bien todos los sepulcros tienen la misma atracción misteriosa, ninguno la posee en tan alto grado como el sepulcro de los niños.

Yo siempre me acerco á ellos de puntillas y conteniendo la respiración, porque se me figura que el niño allí enterrado duerme tranquilamente, y que el más leve ruido podría despertarlo, y hacerle prorrumpir en llanto, al verse otra vez en el mundo.

Y ¡va de historia, por más que parezca cuento.

Conocí en la Habana á un rapazuelo de cinco ó seis años, de ojos azules y cabellos de oro, y más malo que la quina.

Mostrábame Pepito—que así le llamaban,—gran afición y simpatía, porque yo tomaba á menudo parte en sus juegos.

No hacía más que divisarme, y venía corriendo á mi encuentro, y en un periquete se montaba sobre mis rodillas, y deshaciéndome el lazo de la corbata, que le servía de riendas, me obligaba á zalearle de arriba abajo, al trote; al galope, al paso, como él decía, según era más ó menos rápido el movimiento de mis piernas.

Excuso añadir que yo no ganaba para riendas.

Y que hasta llegué á pasar por hombre á la moda, según la frecuencia con que variaba de corbatas.

Con este motivo, le compré un caballo de cartón para que me dejase en paz.

Pero ¡que si quieres! entonces si que me declaró la guerra de verdad.

Un padrino suyo le había regalado una cajita de soldados de plomo, y Pepito me obligaba á ponerlos derechos uno á uno sobre la alfombra de la casa, mientras él, á horcajadas sobre el caballo, que no le llegaba ni con mucho á la cintura, enarbolaba una pelota de goma, y apenas daba y por terminada mi tarea, ¡cataplúm! no quedaba en pie ni el último ranchero.

Contados eran los días en que no daba Pepito media docena de batallas por el estilo, y siempre era yo el destinado á poner á la tropa en pié de guerra.

Una tarde, al entrar en su casa, me anunciaron que Pepito estaba enfermo, y pasé á verle á su alcoba.

Allí, alrededor de la camita, encontré á toda su familia.

—¡Pepito se nos muere!—me dijo la madre, ahogada en llanto.

Y aquella misma noche comenzó la agonía, y al amanecer anocheció en aquella casa.

Su último recuerdo fué para sus juguetes. Murió abrazadito á su caballo, con la pelota debajo de la almohada, y los soldaditos esparcidos sobre la colcha.

Poco tiempo después llamaba la atención de los curiosos en el cementerio de Espada un nicho de gran tamaño, en el que, á través de un cristal con marco de bronce, se veía una fila de soldaditos de plomo, una pelota de goma y un caballo de cartón.

Cuando iba yo al cementerio á rendir el último tributo á algún amigo, nunca dejaba de visitar aquel nicho, y me parecía aún ver á Pepito gine en su caballo y con la pelota levantada, en actitud de acometer al enemigo.

Más ¡ay! los soldados continuaban firmes en sus puestos...

¡El que los había vencido en cien combates dormía cerca de ellos para no volver á despertarse nunca!

En cierta ocasión, al acercarme, como de costumbre, al nicho de Pepito, observé con asombro que la pelota que antes se hallaba en el rincón de la izquierda, se había corrido al de la derecha, y que todos los soldados se encontraban derribados por el suelo.

¿Vds. creerán, sin duda, que el movimiento de trepidación indicado al tapiar un nicho contigo, fué la causa original de aquel destrozo?

¡Bien; Vds. pueden creer lo que gusten. Yo creí entonces, y seguiré creyendo siempre, que fué Pepito, mi querido Pepito, que dió su última batalla.

Y por si ó porno, y para que no se enfada-se conmigo, llamé al sepulturero, le pedí la llave del nicho, y volví á poner derechos y en orden de combate á los soldados.

¡Ah, los muertos!... Pero este artículo va tomando unas proporciones alarmantes, y antes que me dejen Vds. solo con ellos,—lo cual, á pesar del respeto y cariño que me inspiran, no me haría mucha gracia,—me apresuro á darle por terminado en este punto.

C. N.

EL PRIMER ACTOR.

Hemos visto á Pérez de pasada, y en sus relaciones con los autores de ambas categorías; hora es ya de presentarle tal cual es en todos los actos de la vida artística, es decir, en el pleno ejercicio de sus funciones.

Pérez es el dictador de los bastidores, don de se acata como ley su voluntad omnívota. Cuando se ajusta, como él dice, con una empresa, tiene buen cuidado de que consten en el contrato todas sus atribuciones y privilegios. El sueldo es lo de menos,—yo creo que es lo de más, puesto que pasa siempre de una onza diaria—la cuestión principal está en la delicadeza y el coro artísticos.

Pérez exige que se le den seis ó ocho mil reales de préstamo que se le irán descontando de sus nóminas, durante toda la temporada, y un beneficio libre; que no se estrene ninguna obra que no sea admitida y aprobada por él; que no le obliguen á hacer más que los papeles que le agraden; pero que sus compañeros y subordinados no puedan eximirse de representar cuantos él les reparta, y que no haya de telón adentro más autoridad que la suya.

Item más. Se le entregarán cuatro velas enteras todas las noches de función, y en la lista de la compañía que se presente al público se pondrá su nombre el primero, é impreso con letras más gordas que los de los demás.

De las velas puede prescindir alguna vez, si comprende que á la empresa que trata de contratarle no le es su cooperación absolutamente necesaria; pero de los tiquis-miquis acerca de su nombre en los carteles, no prescindirá nunca jantes la muerte! porque ahí está el toque de la dignidad, según su cuenta.

En una ocasión se trató de unirle á Pérez, otra eminencia artística que se permite el lujo de competir con López, y se consiguió, á fuerza de trabajos y cabileos, que se entendiesen en todo, sueldo, atribuciones, beneficios, etc., menos en lo referente al sitio que el nombre de cada uno había de ocupar en la lista de la compañía.

No había medio de que cedieran: los dos querían el primer puesto. Al cabo un arbitrario resolvió el problema á gusto de ambos, y en los carteles, anunciando la inauguración de la temporada, apareció el siguiente jergífico:

PRIMEROS ACTORES Y DIRECTORES:

Luis López.
Luis Pérez.

Con lo cual, según la opinión de los entendidos en la materia, quedó á salvo el decoro de ambos artistas.

Pérez desprecia á todos sus compañeros que no han logrado, como él, subir al pínaculo de la gloria, y los trata á la baqueta, y sin más consideraciones que las que guardaban antiguamente á los esclavos los mayores de los ingenios en Cuba.

Con los autores ya es otra cosa; sobre todo si son de la casa y dan dinero. A estos los recibe en su cuarto con grandes muestras de complacencia, y hasta los adula y agasaja. Sin embargo, bien se le conoce que no los estima tanto como aparenta, y cuando allá, á los postres de una comida que le han ofrecido sus admiradores, le hacen expansivo el Burdeos y la conversación y la lisonja, dice siempre, hablando de la obra que ha obtenido el mejor éxito en la temporada: «La co-

media es buena, no puede negarse, y Fulano (el autor) tiene talento; pero ¿creéis vosotros que, si no hubiera hecho yo el papel de protagonista, habría gustado tanto? De donde resulta que sin Pérez no habría autor dramático que ganase dos pesetas, y que si Calderón de la Barca ha conquistado la fama que tiene, se la debe de seguro á que Pérez se ha dignado interpretar el papel de Segismundo en «La vida es sueño», y el de Crespo en «El Alcalde de Zalamea.»

Siempre que se trata de una obra dramática no dejará de hablar Pérez de la *franqueza que le caracteriza*, y no hay autor, por encopetado que sea, que no haya tenido que soportar sus observaciones, en la generalidad de los casos nimias é impertinentes; pero sí, ¡cualquiera día tolera él que se estrene una obra en su teatro sin ponerla algún pero y enmendarla algo!

—Desengáñate, Bermúdez, dice á lo mejor este, «me voy» de la escena tercera, no está bien: sería preferible que hubieras escrito: «me marcho.»

—Significa lo mismo, contesta el autor, y el consonante obliga: para complacerte sería preciso hacer la redondilla nueva.

—Bueno, bueno, como quieras, insiste Pérez; pero ¡temo mucho que el público no lo pase!

Después del estreno, si la obra se ha silbado, no se olvidará Pérez de decirle al autor: «¿Ves? No quisiste hacer caso de mis observaciones, y ahí tienes el resultado.» En cambio, si se ha aplaudido, cuando el autor le pregunta: «¿Te convences ahora de que no había peligro en aquella frase? contestará de seguro: «¡Gracias á como la dije! ¿No te fijaste?»

Porque no hay medio de que Pérez confiese que se ha equivocado en sus profecías respecto al éxito de las obras. Dice: esta la silban; pues si, en efecto, la silban, acertó, y si la aplauden, tiene el *sentimiento de declarar* que no fué á la comedia, sino á la ejecución que resultó inmejorable.

Desearía Pérez que en el teatro en que actúa no aplaudiese nunca el público más que á él; así que las palmadas que conquistan sus compañeros, repercuten en su alma como los gritos del remordimiento.

Cuando ve que en una obra tiene el galán joven, por ejemplo, una relación de efecto, de esas que con los dos versos finales llevan aparejado el aplauso, ya no goza de un instante de sosiego ni puede decirse que vive. Aprovechando la primera coyuntura que se presente, y si no se presentó, á propósito de tiro, como el personaje del cuento, le preguntará al autor de la comedia.

—¿Te gusta como dice Fulano el *parlamento* del acto segundo?

El autor diciendo que sí comprende que ofendería á Pérez, y le responde: Hombre, no creo que le ha entendido del todo; á ver si se le ensayas tú, y haces que la comprenda.

—Imposible, replica Pérez, es muy bruto... ¡si lo pudieras arreglar de modo que la dijera yo!

—¿Cómo? ¿Si te cuenta lo que ha sucedido en una batalla que él ha presenciado y tú no!

—¿Y eso qué importa? Lo puedo haber leído en los periódicos!

—¿En los periódicos del tiempo de Carlos V?

Porque Pérez no es instruido *mayormente*: todo lo que sabe de historia se reduce á un poco de indumentaria, y de esta muy poco.

En literatura está más atrasado todavía: suele él llamar soneto á toda composición corta, y al salir á escena dice siempre al segundo apunte: *dame verso*, aunque la comedia que represente, esté escrita en prosa.

Sin embargo, hace chistes en competencia con el autor de la casa y juega divinamente al tresillo y á carambolas.

También le da el naípe para enamorar: cuando empieza á enumerar sus conquistas no deja la palabra en cuatro ó seis horas. Con esta le ocurrió un lance trágico, con aquella uno cómico, con la de más allá, una cosa rara; en fin, con todas le ha sucedido algo que merezca referirse. Y véase el resumen de sus confidencias: «Si todos los maridos que he burlado se abonasen á este teatro, y yo fuese empresa, me haría rico en dos temporadas.»

Estas conquistas pertenecen generalmente á la aristocracia, que es el campo en que á él le gusta espigar; pero esto no impide que alguna vez descienda á hacer el amor á cualquiera de las actrices que están á sus órdenes.

¡Y desgraciada de la infeliz en quién ponga sus ojos el primer actor!

El le promete que si le corresponde hará carrera... Y, efectivamente, la hace, solo que no suele ser la de actriz.

Pero si la mujer es honrada, y consiguió, lo cual es difícil, ni aún aparecer culpable, algo tiene que costar su heroísmo, y este algo es el sueldo de la temporada por lo menos, porque ya encontrará Pérez ocasión para aconsejar á la empresa que le cheche del teatro.

Y así vive el primer actor; nadie le quiere, ni siquiera le estima; pero él amase tanto, que con el propio cariño le basta para ser feliz.

S. DE TRASMERA.

ESCALA MUSICAL.

Salimos de un invierno húmedo y tranquilo, sin más emociones que los saltos y volteretas de Carballo y compañía, en el Circo que fué primero aristocrático baile campestre, aunque se tome á paradoja, después nada más que recuerdo venturoso de lo que había sido,—porque murió de un empacho de aristocracia,—y más tarde Circo de moda y de caballos y otros animalitos que hacen habilidades más ó menos divertidas, estado en el cual ha reincidido al presente con menor fortuna, porque, adelantada como se halla la temporada estival, apenas alcanza el tiempo para atender á todos los espectáculos y fiestas que nos solicitan á cada paso que damos por esas calles de Dios.

Y entramos en el mes de Julio con mucha gana de remojar el cuerpo y exponerle al saludable azote de las olas del Sardinero; lo cual haremos en cuanto el calor apriete y se mantenga un par de días de un tirón, á ver si se nos cae el musgo que con la humedad nos ha salido en las pantorrillas, ó si de mí se trata, y en general de los que aquí en esta hoja ponemos la pluma, en el sitio en que debiéramos tener las pantorrillas si nuestras flaquezas permitiesen lujos semejantes, que no los permiten, según ustedes podrán ver por sus propios ojos el primer día que nos encontremos en la playa.

Con un invierno así, excusado es decir que tenemos una prisa atroz por divertirnos, y que no paramos un momento: tan pronto se nos ve en el Casino del Sardinero, tan pronto en el Circo, desde donde no tardamos en retroceder á la plaza de la Libertad, donde ya no es tan fácil vernos, porque siendo allí la función más barata y la mejor á veces, allí se agolpa el torrente de la multitud en la que están dignamente representadas todas las clases, desde las pasivas á las adineradas, sin que falten los timadores en activo servicio y las jamonas que ya no sirven, mal que traten de disimularlo por el bien parecer... mal entendido.

Y en todas partes parece que la música nos acompaña, llevando el compás de nuestros pensamientos ó de nuestras conversaciones.

Los amantes desgraciados, que se consumen lentamente y que morirán más tarde ó más temprano víctimas de una pasión contrariada por el favoritismo que no le consiente á él pasar de las mil pesetas, ó por otra contrariedad de esas que hay en la vida,—sobre todo en la vida de los que se aman en esta cuerda,—esos prefieren la rumorosa playa del Sardinero, con aquellos pinos detrás, verdes como la esperanza viva, y aquellas arenas bajo los piés, áridas y amarillentas como el porvenir sin esperanza, y enfrente aquel mar que se extiende más allá de donde la vista alcanza, cada vez más profundo, como el dolor que uno siente cuando le pisan un callo...

Y cuántas veces hace la fatalidad ó la Providencia que al llegar ellos á la puerta del Casino, exclama dentro un violín con voz penetrante y patética: *Me parlate d'amor...*

—Los amantes se estremecen entonces por el sistema de la electricidad, se encuentran á un tiempo sus manos y sus miradas, con peligro de que la mamá advierta el encuentro y les tire un pellizco á cada uno, entran en el salón y se aburren mientras llega la hora del baile.

Porque ya les ha contado á ustedes ese *Casa-Ajena* que tiene los sábados por suyos, como si no fueran ajenos también, que los *amateurs* del Casino bostezan una cosa atroz al segundo número de música sentada, y al tercero hablan á media voz, y al cuarto chillan que ya no es posible oír más música que la de las conversaciones más ó menos particulares que poco á poco se extienden por los ámbitos de la sala.

Es tal la impaciencia por el baile, que ayer, gracias al estorbo de las sillas que ocupaban el salón puestas en numerosas filas, no se lanzaron los jóvenes á paso de polka al sonar los primeros acordes del *mimetto* de Bocherini,—ó el *mimetto* de los boqueros, que decía un bañista que hace como que es andaluz y nadie se lo creeo.

La goma, inconstante, ó solicitada por cosas más de su gusto, anda esta vez un poco despegada del Circo ecuestre, acrobático y perruno. Pero también allí el amor, puesto en música por los dol regimiento de Bailén, tiene su albergue algunas noches.

—No lo echas á broma, porque ya estoy á punto de hacer una barbaridad para conseguir que creas en la sinceridad de mis sentimientos. ¿Quieres ponerme á prueba? Pues mira; cuando suelten los perros de aguas arroja un mitón á la arena; yo te le devolveré incólume, aunque tenga que sacarle de las fauces de uno de esos canes.

La muchacha no llevó su crueldad hasta el extremo de intentar la prueba; pero recordó confusamente haber leído un rasgo semejante de un caballero heroico, y quedó enamorada del talento dramático de un perro actor que se muere como un Vico de lanas.—En este feliz resultado influyó notablemente la música de viento que á la sazón acompañaba el galope de un caballo.

Ahora les asaltaré á ustedes la duda respecto á si la influencia del trompeteo se manifestó en el súbito amor de la muchacha ó en la artística y celebrada muerte del perro de lanas; pero yo no tengo la culpa de que haya en el mundo lectores malévulos y demasíadamente suspicaces.

Ya he dicho antes que el lugar más concurrido es la Plaza de la Libertad, donde los conciertos, como ella lo requiere, son al aire libre, con entrada libre y salidas de pié de banco entre la abigarrada concurrencia que ocupa los de los *Amigos de los Pobres* y los de los pobres sin amigos y que no estando para derrochar un perro grande se sientan en los poyos de piedra que circundan el paseo amenizado—estilo de programa—por la magnífica banda del regimiento de ingenieros.

Allí se sazonan los intermedios con toda clase de diálogos, en los que toman parte dos ó más personas—¡vaya una trivialidad!—y hay monólogos á veces, cuando algún feliz borracho cruza el paseo discutiendo con los árboles que se empeñan en cerrarle el camino contra todo derecho y razón.—Los oradores de la coalición republicana deberían hacer de esto un argumento para demostrar que la libertad no existe ni en su propia plazuela.

No es broma, no, señor. Vamos á ver: ¿qué más le daría al Sr. Pi y Margall, pongo por *juaseo*, haberse hecho eco en el Congreso, en aquel sagrado recinto de la representación nacional y de los incidentes edificantes, de las espirituosas imprecaciones y protestas del beodo, que de los rumores que recoje por ahí, sin saber de quién provienen ni si han nacido de buena madre ó de la *madre* de un *peleón* semejante, y lanza después con su seriedad imperturbable para tener el gusto de que se los devuelvan entre la general rechifla?

¿No me contestas nadie? Prueba de que he hablado en razón, y no dejaré de mostrarme satisfecho de mi triunfo, por más que sienta el disgusto que sin duda he de proporcionar con esto al director de la orquesta coalicionista, que me parece á mi que es música también, y hasta que ha andado por demás desentendida en las últimas sesiones.

Lo peor del caso es que ahora no se cómo arreglarme para volver á la plaza de la Libertad...

Todo se aplaude allí, y así debe ser en justicia; pero anoche hizo verdadero furor, hasta desbordarse el entusiasmo de las masas, el *Mosáico de los sobrinos del capitán Grant*. Bien patente se muestra con ello que el sentimiento filarmónico reside en las muchedumbres como un tesoro escondido.

Figúrense ustedes hasta que punto se desarrollará aquí, ahora que Santander se ha convertido en una caja de música.

Buena ocasión y buena frase para terminar, si la suspicacia más maliciosa quisiera creer que solo me refiero á este artículo, diciendo:

¡Basta de música!

A.